

OTRAS RAZONES

GUERRA ENTRE CONCIENCIAS

Antes de ayer, la guerra del Golfo. Ayer, la de Bosnia. Hoy, la de Serbia. Sin guerra fría, sin peligro cercano, magníficas y sucesivas guerras de espectáculo directo y de vivencia lejana. Guerras justas, santas, humanitarias, juiciosas, planificadas, desarrolladas. Guerras sin ganancia política, ni botín. Guerras ideales, altruistas, pródigas. Guerras de prevención, de condena, de ejecución indolora. Guerras limpias, sin campos de batalla, sin muertos propios, sin retaguardia. Guerras cristianas. En fin, guerras de conciencia ante el televisor, para que todos podamos tomar partido y participar moralmente en ellas, mientras sorberemos un licor o saboreamos una chocolatina. Sí, guerras íntimas y, por eso, obscenas. Pero, ¿entre las conciencias de quién?

De una parte, bien armada y pertrechada, la conciencia universal. La de todos, la nuestra. La que define el bien y el mal. La del imperio. La de Washington. La de Bruselas. La de los Gobiernos. La de Occidente. La conciencia humana de Dios. La que pone paz y orden en el mundo. La de los que tienen voz. La del saber. La del bienestar. La que crece y progresa. La civilizada. La culta. La indubitable. La dueña. La que traza fronteras. La que deteriora la Naturaleza. La oportuna. La del consenso. La que intimida a la disidencia. La que se corrompe. La que bombardea por amor. La que razona y no imagina. La de la cordura. La de la fama. La legítima. La bien educada. La conveniente. La oficial. La propaganda. La aparente. La del poder. Es decir, la buena conciencia. O sea, la del jefe Clinton, la del jefe Blair, la del edecán de armas.

De otra parte, mal armada y mísera, la conciencia personal de los poderosos. La íntima. La desvariada. La singular. La que ignora, la que ambiciona, la que asesina, la que tortura. La genocida, la que miente, la que difama, la que deprava. La inoportuna, la que desordena el mundo. La muda. La escondida. La inconfesada. La del «malser» para bienestar. La del instinto de depredación. La que fantasea sin imaginar. La satánica. La cruel. La maldita. La perversa. La loca. La soberbia. La corruptora. La bárbara. La desinformada. La soñadora del mando. La ilegítima. La del caos. La maleducada. La afanosa. La sádica. La insensible. La de la barbarie. La sepultada bajo las ruinas de los bombardeos cívicos. La real. La secreta. Es decir, la mala conciencia. O sea, la del jefe Clinton, la del jefe Blair, la del edecán de armas.

El incierto resultado de esta batalla de dos conciencias, más interna que la de una guerra civil, no depende de la primacía entre la conciencia pública o la privada de los que animan la muerte en Washington, Londres, Bruselas o Belgrado. En esos poderosos no hay diferencias de carácter o de ambición que los distinguen. Todos pertenecen a la misma clase narcisista de políticos. Todos tienen la misma buena y mala conciencia. La duración de la guerra

depende de la capacidad de discernimiento de la opinión europea y norteamericana, no sobre la verdad nublada con las bombas de humo moral que los medios lanzan sin cesar contra las conciencias gobernadas. Las

vuestras.

Un sola foto de Milosevic, estrechando la mano del líder de la autonomía de Kosovo, ha bastado para destruir en un minuto el pretexto altruista de esta guerra. La vista del tren de escapados del peligro, lleno de hombres en edad de combatir, desmiente que estaban siendo asesinados o recluidos en campos de concentración. Lo cual no impide creer en el martirio real o en la insoportable discriminación que sufren, o que temen sufrir, los yugoslavos de Kosovo. En España, diezmada con falsas culturas de autonomía o genuinas ambiciones de separación, no existe conciencia unitaria capaz de comprender la naturaleza nacionalista del desgarramiento yugoslavo. Y ni siquiera hay guerra en las conciencias aberrantes de los políticos. La conciencia de la verdad, yace intimidada.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

KOSOVO COMO PRETEXTO

En estos últimos días, algunos sectores de la opinión pública se manifiestan sorprendidos por lo que califican como imprevisiones o errores de la OTAN en su intervención en Yugoslavia. Y en este sentido expresan su perplejidad tanto por la aparente falta de programación de la escalada militar, como por la impreparación para acoger a la oleada de refugiados que se está produciendo. Agravado este último hecho por la circunstancia de que la OTAN sabía previamente, por advertencia de Milosevic, que semejante oleada masiva iba a producirse, en cuanto los ataques aéreos se iniciaran. Pero tales críticas parten de un radical error: pensar que la intervención en Yugoslavia estaba guiada por el deseo de ayudar a los kosovares, en cualquier aspecto que no sea el de estimular su enfrentamiento con los serbios. Si el propósito fuere el de una solidaridad ayuda, no se proyectaría, tal como ha hecho la Administración estadounidense, acogerlos—más bien encerrarlos—en Guantánamo o en la isla de Guam.

Quizá las ideas que acabo de apuntar parezcan maliciosamente retorcidas a más de algún lector, ingenuamente captado por la inundación propagandística que a través de los medios de



comunicación se está lanzando. Y en la cual se presenta a la OTAN como el quijotesco caballero andante que sale en defensa de los oprimidos contra el gigante—no en poderío, mas sí en maldad—Milosevic, único responsable—se repite incan-

sablemente—de la tragedia a que estamos asistiendo. El hecho de que se haya convertido a la televisión yugoslava en objetivo militar y, por ende, a los periodistas que en ella trabajan en originales soldados es doblemente significativo. Por una parte, de la flexibilidad acordeónica con el concepto de objetivo militar es entendido. Pero, sobre todo, es sintomática tal declaración de la importancia que a la información se concede y la voluntad de monopolizarla, no ya por el mecanismo clásico de la censura, sino por el más radical ideado por la OTAN, la destrucción de los canales de un país.

Y en este aspecto se descubre una pieza clave para entender el complejo y dramático proceso que en el suelo yugoslavo se viene desarrollando, así como la manipulación a que la opinión pública es sometida. Algunos críticos—yo mismo en estas páginas al iniciarse la gresión de la OTAN—hemos señalado la hipocresía que se revela cuando se compara el interés, perfectamente legítimo ciertamente, mostrado por defender los derechos de los kosovares y la silenciosa y claudicante indiferencia ante la represión ejercida por un miembro de la OTAN, Turquía, sobre los kurdos y ante su exilio, numéricamente mucho más grave. Inhibición que se reproduce en otras diversas partes del mundo, que no por estar fuera de Europa son menos importantes humanamente, como el Sahara o Timor. Pero semejante y reveladora crítica puede ser llevada al mismo escenario yugoslavo. Cuando la política de Kohl ambicionando ampliar el imperio germánico, llevó al reconocimiento de Croacia como nación independiente, se produjo en Krajina la primera limpieza étnica—aunque entonces no se le diera tal nombre—y los serbios fueron nuevamente perseguidos—ya lo habían sido bajo el dominio nazi—por el poder croata, debiendo huir del territorio en que habían vivido como minoría. Pero no se produjo la menor intervención ni denuncia siquiera.

Si reflexionamos sobre estos hechos la conclusión es clara. Los verdaderos responsables de la tragedia yugoslava, al igual que de las muchas que se desarrollan en África, son las grandes potencias occidentales, y los intereses del enorme complejo militar-industrial, que han convertido el planeta en un tablero de ajedrez sobre el cual mueven las fichas de sus ambiciones, desencadenando con indiferencia terribles odios étnicos. Quizás muchos no conocen un dato iluminador de tantas conmociones actuales, que Joan Garcés ha podido sacar a la luz, y es que el impulso de los nacionalismos desintegradores formaba parte del programa establecido, inmediatamente después de la segunda guerra mundial por la Junta de Jefes de Estado Mayor de los Estados Unidos. Kosovo, es sólo un pretexto para atacar a los serbios y a Milosevic, que no en balde ha sido calificado de «superviviente de la guerra fría». No nos engañemos tanto los albanos-kosovares en su éxodo como los bombardeados serbios son víctimas comunes de la OTAN.

Carlos PARIS

OFENSIVA SOBRE FARRERES

Es de esperar que la confrontación política se realice siempre desde la sana objetividad. La crítica es tanto más verdadera cuanto más serena se produce. No es, precisamente, lo que ocurre hoy con el conseller de Treball de la Generalitat, Ignasi Farreres, sometido desde las murallas mediáticas más próximas al PSC a un intenso y despiadado castigo artillero, por irregularidades en los fondos de formación ocupacional.

Farreres era alabado muy recientemente por quienes ahora le denostan. Decían sobre él a Juan Bravo que era el conseller más efectivo del gobierno catalán, el que hizo posible el Pacto por la Ocupación, que tanto alabaron sindicatos, patronal y oposición; el que puso

en pie el Servicio Catalán de Ocupación; el que logró los trasposos del INEM; el que llevó la paz laboral a Cataluña. Hasta el propio Pimentel dijo que era el mejor de todos los consejeros autonómicos que había conocido.

Ahora, por mor de campañas electorales, Farreres está en el epicentro de la confrontación política, y se le acusa de cosas que sus detractores hacen por igual. Hace pocos días estuvo a punto de arrojar la toalla. Pujol y Duran Lleida salieron en su defensa. La patronal, también. Ya sólo falta que quienes auspiciaron la cacería le devuelvan el saludo y corrijan su error.

Juan BRAVO

